

Evocación de Heberto Padilla

LA PRIMERA NOTICIA DEL ESCRITOR FUE RADIAL: PADILLA era el guionista del programa *Héroes de la Justicia* que yo oía en la década del 50. La del poeta me llegó inesperadamente, cuando recibí de manos de un desconocido, en una ruta 4, su libro *El justo tiempo humano* como regalo. Era un señor ya entrado en años, bien vestido y con el pelo entrecano cortado a «lo alemán», que iba sentado leyéndolo. La guagua llevaba poca gente en el pasillo, y el susodicho advirtió mi curiosidad, que me hacía permanecer a su lado, metiendo mis ya miopes ojos en las páginas. Cuando se desocupó el asiento a su lado, me instalé y empezamos a conversar de literatura. Al pasar el Café Colón, me despedí y entonces él me obsequió el libro, gratuita, poéticamente. Aunque no puedo asegurarlo, siempre he preferido identificarlo con el dramaturgo cubano Carlos Felipe. Esto sucedió en 1965.

En el verano de 1966, y en uno de los muelles del Patrio (antes Miramar Yacht Club, en 3ra y 84) encontré sus respuestas a una encuesta realizada por *El Caimán Barbudo* a propósito de la noveleta *Pasión de Urbino*, donde Heberto, entre otras cosas, ponderaba *Tres Tristes Tigres*, ya premiada y publicada en España, pero silenciada en Cuba, como muy superior a la citada obra del novelista Lisandro Otero. Leí aquella página con asombro y creciente alegría. Tanto el tono pugnaz como el contenido polémico de las declaraciones eran insólitos. Compartí allí mismo la feliz novedad con mi amigo Manolito Díaz Cánter.

Al siguiente mes, *El Caimán...* trajo aún mayores sorpresas: Lisandro le contestaba a Padilla y éste volvía a la carga con briosas frases que contenían el explosivo magnetismo de la libertad: «El país vive sometido a una moral de la emergencia», «la UNEAC es un cascarón de figurones» y, por si fuera poco, asumía la defensa de Guillermo Cabrera Infante y culpaba de la salida de Cuba de éste al «informe de un oscuro policía». De la réplica de Lisandro Otero sólo guardo el venenoso título: «Las provocaciones de H. P.».

Yo tenía veinte años entonces y Hemingway era mi Salgari, pero aquellas referencias me impusieron de la realidad de un mundo subterráneo, donde las *bellas letras* podían costar caro, y al que, aun sin saberlo a derechas, estaba yo acabando de llegar.

Otra feliz coincidencia en un ómnibus —Leyland El Tigre, 74 Lawton-Vedado— me guió un soleado mediodía en el Parque Mariana Grajales al encuentro con una estudiante rubia y ojiazul, Lourdes, cuyo padre, Alberto Martínez Herrera, era escritor y gran amigo del poeta Heberto Padilla. Y conste que todo esto lo supe días después de haberla enamorado.

Con ella, visité por primera vez la casa en la avenida 31 donde vivía con su esposa Berta y las dos niñas, Gigí y Giselle. Aquella noche, Heberto no estaba allí, pero Berta, maravillosamente amable, como siempre, nos mostró la habitación, en los altos, la biblioteca y el escritorio del poeta. Desde entonces, siempre que paso frente a la residencia repaso con afecto las eternamente cerradas persianas Miami, y si voy acompañado, se la señalo sin falta a la otra persona. «Ahí vivían Padilla y Berta».

El primer encuentro personal también estuvo relacionado con Berta, quien estaba ingresada en la clínica Cardona, y allí nos encontramos una tarde, durante la visita. Era octubre de 1968 y Heberto Padilla estaba en el candelero, gracias al premio concedido a su libro *Fuera de juego* en el reciente concurso anual de la Unión de Escritores. Aunque eran días intensos para él, pues aún se desconocía lo que podría ocurrir con el libro y con él mismo, me impresionó la tranquilidad que transparentaba, con un litro de leche y algunos refuerzos más para la dieta de su mujer en un cartucho. Lourdes me lo presentó, lo saludé y quedamos en vernos alguna vez con más tiempo. De lo que estaba ocurriendo no hizo comentario alguno, y pienso que su aire *nonchalante* obedecía al interés de no preocupar a Berta. Aun así, con 36 años, el rostro despejado bajo el cabello negro y la expresión entre displicente y candorosa, el poeta parecía en su mejor forma, aunque los tiempos se presagiaban *difíciles*.

La versión que contaré ahora se nutre de muchas conversaciones con mi suegro Alberto y de algunas posteriores con el propio Heberto. Varios de los protagonistas secundarios de aquellos hechos viven, y pueden corroborarla o corregirla en sus detalles. También puede que padezca de reiteraciones, pues no conozco ni mucho menos toda la bibliografía relativa al mal llamado «caso Padilla» —denominación esta engañosa, como argumentaré más adelante—. En todo caso, es la que conozco y he divulgado oralmente a cuantos se han interesado. Puesto que circulan otras versiones, más o menos tendenciosas todas, quiero agregar la mía.

El cuaderno se presentó el último día, pocos minutos antes de vencer el plazo de admisión, con el bello verso de Pasternak «vivir la vida no es cruzar un campo» como lema, y constaba de una sola copia, que fue entregada en la sede de la UNEAC por la poeta Belkis Cuza Malé. Esta violación de las normas fue premeditada, para que el original único pasase a manos del excelente jurado convocado aquel año, sin que su contenido se filtrase a nadie más. En aquel momento, las relaciones entre Padilla y Nicolás Guillén se habían roto,

luego de una supuesta discusión muy fuerte entre ambos en el despacho del segundo, en la que el camagüeyano habría estado a punto de desenfundar un pequeño revólver al amagarle el pinareño con una «galleta», después de que Heberto calificase a la institución como un «casarón de figurones».

Fue el otro gran poeta de esa generación, José Lezama Lima, quien soltó la primera liebre, cuando el periódico *Juventud Rebelde* lo interrogó acerca de las deliberaciones del jurado, del cual formaba parte el hombre de Trocadero, junto al decano José Zacarías Tallet, Manuel Díaz Martínez, el peruano César Calvo y el crítico literario y traductor de poesía española, J. M. Cohen. Hay varios libros de calidad —soltó prenda Lezama—, pero entre ellos sobresale uno donde se reconoce la voz de un poeta en plena madurez, y retiro las comillas porque cito de memoria. Luego encontraríamos en el libro un poema donde Padilla se reconciliaba con el inefable maestro, a quien había atacado años atrás en un apasionado artículo en el también apasionado *Lunes de Revolución*, más heredero de *Ciclón* que de *Orígenes*.

Días después, luego de forcejeos y de mucho corre-corre de funcionarios, se dio a conocer el premio, sin realizarse la acostumbrada fiesta de presentación de los ganadores en la mansión de 17 y H. Para ilustrar lo ocurrido hay que recurrir sin remedio a los rumores. Se dijo que José Llanusa, funcionario muy abarcador entonces, pues regía el Ministerio de Educación, el INDER, el INIT y al Comité Provincial del Partido en la capital, había intentado sin éxito movilizar a un grupo de estudiantes universitarios para que se manifestasen frente a la Unión en contra de dos de los libros galardonados. La escritora italiana de origen cubano Alba de Céspedes se encontraba a la sazón en Cuba invitada a las celebraciones por el centenario del inicio de la Guerra de los Diez Años, y, a solicitud del autor, se reunió una madrugada en el Hotel Habana Libre con el máximo líder para argüir a favor del libro. De esa ilustre mediación, habría nacido la fórmula de publicarlo con la inclusión de una declaración de la UNEAC, el veredicto del jurado y un voto razonado, tan lúcido como valeroso, del poeta Manuel Díaz Martínez, que es hoy lo único digno de relectura entre aquellos nublados prólogos, anuncios de una oscuridad que aún tardaría algunos años en echársenos encima.

El libro, efectivamente, salió y estuvo brevemente a la venta. Avisado por un amigo, alcancé a comprarlo en la librería La Polilla, de La Víbora. La experiencia serviría a las instituciones a partir de entonces para tomar medidas que les evitasen estos percances. La más visible fue el establecimiento de una instancia institucional previa, para no permitir que obras de ese talante llegasen efectivamente a manos de las personalidades del jurado, las cuales también comenzarían a ser seleccionadas con mucho más cuidado.

El libro, junto a la pieza teatral premiada, *Los Siete Contra Tebas*, de Antón Arrufat, se convirtió en objeto a la vez de culto y de cacería, pues tengo motivos para suponer que a determinados jóvenes comunistas se les encargó que los fuesen recogiendo, simulando interés por leerlo. Peor suerte que *Fuera del Juego*, cuyos ejemplares aún pueden resucitar entre los vendedores ocasionales de libros de uso, corrió el libro de poemas de Belkis Cuza Malé *Juego de*

Damas, cuya desaparición puede calificarse de crimen perfecto, pues pese a las pacientes y extensas gestiones y pesquisas hechas por la autora y una banda de cómplices, jamás apareció ningún ejemplar.

Aunque ninguna revista publicó reseñas ni siquiera en contra, al autor le fueron concedidos varios años de gracia, en los que disfrutó de un insólito *status* de *enfant terrible*, muy de su gusto. Casado ahora con la joven poeta y escritora Belkis Cuza Malé, compartían el pequeño apartamento de ésta, en la esquina de O y Humboldt, muy cerca de La Rampa. A la manera de numerosos periodistas, Heberto devengaba sin obligaciones un sueldo de la Comisión de Extensión Universitaria, junto a su amigo, el ex ministro Alberto Mora Becerra, y no había figura de las letras que, al pasar por la ciudad, no lo visitase. Le permanecían estrictamente fieles sus amigos de todos los tiempos, Pablo Armando Fernández Martínez, Díaz Martínez, César López, Alberto Martínez Herrera y otros de más reciente adquisición, de algunos de los cuales el poeta llegó ocasionalmente a sospechar.

Visité algunas tardes el apartamento, con devoción de peregrino. Siempre había allí alguien animando la conversación, uno de aquellos escritores a quienes yo conocía «de leídas». En los muros de la salita, esclarecida por dos ventanas que se abrían hacia ambas calles, permanecían los libros preciosos, que algún día le pediría prestados. Heberto estaba siempre de buen humor, agudo y a la vez tranquilo. Yo estaba preparando un cuaderno para concursar en el David y el pretexto de mis visitas era llevarle las cuartillas para escuchar su criterio. En realidad, ni entonces ni después, cuando la relación fue más estrecha, hablábamos en el sentido de analizar ningún texto específico, ni de sugerirme él modificaciones concretas. A veces, tomaba algún libro, sobre todo de Auden, y traducía inmediatamente algunos bellos versos.

Acerca del dolor nunca se equivocaron los viejos maestros
Y qué bien comprendieron su posición humana...

Cuando objetaba algún poema era radical. No entraba en detalles de menor cuantía, pues se respetaba y me respetaba para no intentar remodelarme a su modo. Recuerdo que me recomendó que excluyese uno de los poemas de tema militar, donde yo evocaba «los bocaditos de lechuga americana» del Ten Cents de Monte, porque esa metáfora no le iba a caer nada bien a Nicolás Guillén, uno de los jurados del concurso, junto a Luis Marré y Adolfo de Luis, a quienes me recomendó como muy buenos poetas. El premio lo mereció Raúl Rivero, con *Papel de Hombre*; mi cuaderno entró en los finalistas y uno de mis poemas fue escogido para figurar en la antología que publicó la editorial de la Unión. Es un breve poema dedicado a Julián del Casal, que aún creo que conserva cierto encanto. El poema objetado fue después muy del agrado de Ernesto Cardenal, quien lo publicó, con los bocaditos incluidos, en su libro *En Cuba*, de inicios de la década del 70.

Con el fracaso de la Zafra de los Diez Millones, sobrevinieron cambios fundamentales, que pusieron fin al relativo clímax de tolerancia cultural vigente

hasta 1970. Me gusta pensar que si aquella meta hubiese sido posible, acaso la vida cultural se hubiese encaminado en la dirección que el poeta esperaba y deseaba, acorde con la expectativa, que compartía la izquierda de Occidente, de un socialismo no incompatible con la libertad de creación, donde los intelectuales no fuesen domesticados por el pensamiento único. Sabemos, para nuestro mal, que no fue así. La apropiación del poder en el área de la cultura por parte del ala pro-soviética coincidió en el tiempo, no por casualidad, con la detención de Padilla, en el cruel mes de abril de 1971.

Sin embargo, aquel funesto acontecer tuvo sus preludeos y sus sorpresas. La hoy desaparecida revista *Verde Olivo*, órgano del Ministerio de las Fuerzas Armadas, abrió en 1970 sus páginas a las colaboraciones de un tal Leopoldo Ávila, absolutamente desconocido en los ambientes literarios pero bien informado acerca de chismes y resuelto en sus mortales estocadas, sucesivamente dirigidas contra Heberto y sus amigos. Nunca se ha responsabilizado nadie con esos deshonrosos libelos. Para mí, salieron de la maquineta de escribir del cuentista y poeta Félix Pita Rodríguez, antaño auspicioso presentador de *El justo tiempo humano*. En apoyo de mi opinión, me atreveré a robarle el copyright de una historieta al poeta Helio Orovio, historiador extraoficial de aquellos tiempos en la Unión de Escritores. Según esta fábula, el vicepresidente Félix conspiró contra el presidente Nicolás, pero este fue avisado, convocó al aspirante a su despacho y allí le comunicó, muy suavemente, que el estado del tiempo en el sudeste asiático estaba enyerbado y, por lo tanto, lo más aconsejable para su salud, antaño aquejada de las vías respiratorias, era no exponerse a las ventoleras de los monzones; por ello había cancelado su próxima excursión a la bombardeada tierra de los anamitas, donde el querido Tío Ho esperaba por él para intercambiar sonetos. Impuesto del hecho, se afirma que el conspirador bajó las escaleras más veloz que un alfil y juró solemnemente no volver a poner un pie allí mientras el laureado por Stalin alentase. Victorioso, el presidente determinó plantear un audaz gambito: creó los llamados Viernes de la UNEAC, se reconcilió con Padilla y lo convidó a dar una lectura de poesía, que fue una noche inolvidable, en enero de 1971, que parecía y debió ser el fin de aquel desencuentro, pero no lo fue.

Es bien conocido el papel jugado en esta secuencia final por el escritor Jorge Edwards, primer embajador chileno designado por Salvador Allende. Enrique Labrador Ruiz me aseguró una tarde en la librería Canelo que su amigo Pablo Neruda había instruido a Edwards para que no se tratase en La Habana con ninguno de los firmantes de la malhadada carta abierta dirigida contra él años atrás, acusándolo de ir a tomar el té en la Casa Blanca con la Primera Dama de Estados Unidos. Lo cierto es que Heberto intimó con él y que esto fue motivo de irritación en las instancias oficiales, donde la designación de un intelectual sin prosapia revolucionaria no fue bien recibida. Hubo, asimismo, un fotógrafo francés, Marc Pierre Golendorff, que frecuentaba en La Habana al matrimonio, detenido y juzgado como agente de la CIA, quien cumplió condena algunos años. No obstante, creo que todo eso es mero decorado, y que el grupo de marxistas-leninistas que se hizo cargo de la cultura en 1971 necesitaba juzgar en Padilla todos las herejías revisionistas y decadentes.

Buenos psicólogos, y jugando con todas las ventajas a su favor, no tardaron en quebrar la resistencia del encartado, quien aceptó el juego de sus adversarios y lo llevó hasta sus últimas consecuencias, en aquella deplorable noche, presidida por José Antonio Portuondo, pues el presidente Nicolás Guillén se había hecho ingresar para un chequeo en el pabellón Borges del hospital Calixto García. Nunca le pregunté después a Heberto acerca de aquella penosa confesión. En todo caso, él no era un político comprometido con una causa ni pretendía tampoco derribar al socialismo, corriente que, en 1971, parecía efectivamente destinada a perdurar y a imponerse a escala mundial. ¿Tenía algún sentido para él aferrarse a sus posiciones? El mundillo de la cultura, aunque lo apoyaba mayoritariamente, no podía hacer gran cosa por ayudarlo. Las lecciones aprendidas durante su estancia en Moscú no cubrían esta situación terminal. Vale decir que su amigo, el poeta Eugenio Evtuchenko, envió cablegramas a la Unión de Escritores interesándose por su suerte. En todo caso, tampoco las autoridades tomaron en serio aquella reconciliación, pues el nombre de Heberto Padilla tardaría casi diez años en reaparecer, esta vez como modesto traductor, primero de la novela alemana *Desnudo entre lobos* y, luego, de una excelente antología de poesía romántica inglesa. Me consta personalmente que a lo largo de esa década de ostracismo realizó para el Instituto del Libro impecables traducciones, de Bertold Brecht y Vladimir Maikovski, y una versión de *Alicia en el País de las Maravillas*, que eran desdeñadas a favor de copiar otras viejas traducciones. También sé que presentó originales para las dos revistas, y que recibieron la llamada por respuesta.

Tampoco olvido la primera vez que lo volví a ver, después de su puesta en libertad. Esperaba yo por una ruta 57 en la parada de O y 21, frente al Hotel Nacional, a mitad de una mañana lluviosa. El venía subiendo desde el monumento al Maine, caminando muy despacio pese a la llovizna, como si no quisiese llegar a ninguna parte ni ver a nadie, y hubiese seguido de largo si yo no hubiese avanzado hacia él. Entonces, se detuvo y me dedicó una larga mirada, como si regresase de una insondable lejanía, antes de musitar «¿Qué tal?» con gesto abrumado. Sólo atiné a estrecharle la mano, y él siguió de largo, en silencio, más lentamente aún. Estuve mirándolo hasta que se perdió rumbo a 23, entre los pocos transeúntes, que no lo conocían. Parecía un fantasma de sí mismo. Ninguna palabra alcanzaba para expresar tal desolación.

Ese breve encuentro casual fue para mí más expresivo que su retórica confesión.

Poco después de ser puesto en libertad, el Ministerio del Interior le gestionó una permuta muy ventajosa, con tal de mudarlo del pequeño apartamento de Belkis, que había sido objeto de algunas agresiones, al parecer, por jóvenes desilusionados por su conducta, y que era, además, la dirección suya más conocida en el extranjero. El nuevo apartamento, mucho mayor y confortable, estaba en la calle 31A, entre 26 y 22, a poco más de una cuadra de la casa de Berta Hernández, quien se había ocupado de correr tanto por él como por Belkis durante los días que duró la detención en Villa Marista; incluso gestionó en la Embajada soviética —Berta era profesora particular de los hijos de estos diplomáticos— para que se interesasen por el caso. Poco tiempo después,

comencé a visitarlo allí, siempre previa llamada telefónica. Heberto apenas salía, pero era mejor prevenir desencuentros con los oficiales del Departamento de Seguridad del Estado (DSE) que lo «atendían». Belkis iba después de almuerzo a la Unión, donde devengaba un sueldo sólo por firmar el registro de asistencia, pues, a partir de los hechos, no se le permitía intervenir en la redacción de *La Gaceta*, que era su trabajo habitual. Este era el mismo *status* de Reinaldo Arenas, hasta ser cesanteado alrededor de 1975, a raíz de su desgraciada aventura en la playa de Guanabo. La permanencia de ella allí, además de mejorar la jardinería de la mansión, tenía el objetivo de mantenerse al corriente de cualquier novedad respecto al destino del grupo de escritores condenados al ostracismo, las cuales demorarían todavía años en producirse. Creo recordar que la primera buena noticia fue la invitación a Pablo Armando Fernández para que ofreciese una charla en la biblioteca municipal de La Habana Vieja, invitación que fue celebrada como si procediese de la Academia Sueca. Durante aquellos tiempos difíciles, Belkis fue la fiel y tenaz abogada de una causa perdida y, sin cesar de escribir, comenzó también a pintar.

De los quehaceres, excepto cocinar, se ocupaba Charlie, un sonriente morenito panameño, que departía en inglés con Heberto como todo un caballero; ambos se valían de esta privacidad para «conspirar» contra las disposiciones antialcóholicas dictadas por la señora de la casa. Aunque entonces el «Ronda» salía en doce pesos, si faltaba algo, Charlie lo aportaba y al entrar con los mandados le pasaba enseguida el cartucho con la botella al cómplice, que la ocultaba hasta que no «hubiese moros en la costa». En otras ocasiones, los visitantes ya llegábamos «armados» y aunque la táctica era dársela a Charlie en la misma puerta, no siempre le pasaba inadvertida a la bella guantanamera, quien clamaba entonces desde la cocina «En esta casa siempre se aposenta el demonio...» fuese quien fuese el recién llegado dispuesto a beber con el poeta, y a tirarle de la lengua.

A propósito de los tragos, es cierto que prácticamente siempre se bebía y, sin embargo, nunca vi a Heberto, ni a nadie que estuviese bebiendo con él, alterado, ni mucho menos borracho. Generalmente, se consumía una sola botella entre los presentes, estirando los tragos si éramos varios, como ocurría los sábados. El tono afable o mordaz y el contenido de la conversación del poeta eran el mismo, y, más que el coeficiente etílico, creo que lo estimulaba la presencia de otros poetas jóvenes, como aconteció una mañana en que fui a verlo acompañado por el excelente poeta holguinero Delfín Hiram Prats Pupo.

La conversación se interrumpía a menudo por llamadas de otros traductores del Instituto del Libro para consultarlo acerca de palabras o giros en inglés, francés, ruso y alemán, idioma del que había acabado de graduarse en la escuela Abraham Lincoln. Heberto respondía detalladamente sin ir en busca de diccionarios, se despedía y continuaba hablando, sin revelar la identidad del consultante ni agregar comentario alguno. El único motivo para no ser recibido de inmediato era que estuviese durmiendo la siesta. Entonces, Charlie se lo comunicaba a uno en la puerta («El caballero está acostado») y rogaba que retornase un poco más tarde. Nunca le escuché decir que el caballero estaba en

ese momento trabajando o que tenía que hacerlo más adelante. Sin embargo, Heberto trabajaba bastante en aquellos años, tanto en su propia literatura como en las traducciones, aunque no mostrasen interés en publicárselas. Al menos una copia de sus excelentes versiones de poemas de Bertold Brecht y de Maikowski pereció años después incinerada dentro de un cubo por mi madre.

En el verano de 1974, mi amigo Eugenio Blanco, *Ludovico*, estaba preparando una exposición de sus cuadros en la pequeña galería que atendía dentro del Hotel Habana Libre un veterano combatiente del Directorio, de apellido Silva, que era una persona bastante abierta y nada burocrático ni timorato. Entonces, Alejandro Lorenzo propuso que convidásemos tanto a Heberto como a Antón Arrufat al brindis inaugural; el *Ludo* no vio inconveniente alguno, y tan pronto estuvieron listas las invitaciones me presenté con una para el poeta y su mujer, que la recibieron gustosos. La de Antón se la hizo llegar Alejandro, quien se ocupó de ganar a Silva para la causa. Así fue como, tras tres años de ostracismo, ambos «condenados» pudieron estrecharse en un abrazo en una actividad cultural en La Habana. Aunque no existía sanción oficial expresa, bastaba la mala fama de lo ocurrido para que nadie osase invitarlos a ninguna parte. Desconozco si ellos conjeturaron que detrás de aquel gesto estaba el Aparato, pero puedo asegurar que lo complotamos de principio a fin en la mesita del Té del Hotel Capri, que era entonces nuestro cuartel general vespertino, y que luego, sencillamente, no pasó absolutamente nada.

Un mediodía conversábamos Alberto y yo con él en la sala del apartamento, cuando Padilla se retiró un momento y retornó arrastrando desde el cuarto un saco de nylon blanco que no venía lleno de azúcar ni de arroz sino de poesía. Sin preámbulos, se sentó, sacó las primeras cuartillas mecanografiadas y comenzó a leernos sus versos.

Así prefiero recordarlo siempre.